

Hermenéutica, género y ética¹

PATRICIA PATIÑO BAHENA

Departamento de Filosofía / UAA

La humanidad se hace rápidamente incapaz de concebir la diversidad cuando durante algún tiempo ha perdido la costumbre de verla.

John Stuart Mill, *Sobre la libertad*

El presente trabajo tiene como objetivo hacer una reflexión sobre la centralidad que juega el reconocimiento de las diferencias para la teoría de género y, en general, para la historia de las ideas filosóficas. Hoy en día encontramos que el concepto de diferencia aparece en un sinnúmero de artículos y de libros en los que no se toma en consideración las implicaciones y consecuencias que tiene el modificar nuestra percepción del ser. El fin del dominio de los sistemas metafísicos, la eventualidad de la existencia y el carácter hermenéutico de las teorías son parte del reconocimiento de la diferencia.

En la primera parte analizamos algunas de las críticas u oposiciones de teóricas feministas que desean mantener la reflexión de las cuestiones del género (femenino y masculino) en la *koiné* del marxismo o del estructuralismo. En segundo lugar presenta-

1 Conferencia dictada en el XIV Congreso Interamericano de Filosofía en la Benemérita Universidad de Puebla.

mos una reflexión sobre la complejidad de “la diferencia ontológica” que es un elemento conceptual del discurso filosófico moderno y posmoderno. Y para terminar, retomamos el reconocimiento de la diferencia como parte indispensable para abordar la problemática de género y mostrar el carácter eventual de las diferencias culturales que requieren para su comprensión de una visión hermenéutica.

1. LA APERTURA HACIA LA DIFERENCIA

Algunos sistemas metafísicos unilaterales y racionalistas que eran representativos de la modernidad ya no caben como modelos teóricos en las sociedades de la comunicación. Su afán por universalizar las concepciones a partir de un fundamento, le queda estrecho a una realidad que se diversifica a través de la multiplicidad de imágenes. La pluralidad de imágenes disemina los sentidos de las interpretaciones.

Hay quienes se niegan a creer que el feminismo tiene que cambiar sus paradigmas, que su nacimiento fue familiar a la *koiné* marxista y estructuralista. En estas filosofías las diferencias eran enfocadas desde una perspectiva dialéctica de oposición, en la que el momento de superación parecía remitirnos, finalmente, a una identidad, a un referente en el cual el ser se presenta como pleno y homogéneo. En el caso del feminismo el momento de superación se representa con el andrógino: un ser con el desarrollo de todas sus capacidades y facultades, modelo de representación integral al que muchas aspirábamos.

En “Feminismo, ilustración y posmodernidad”, Celia Amorós afirma “que la posmodernidad no es un buen partido para el feminismo y que las feministas deberíamos estar en guardia y ser críticas ante sus maniobras de seducción, así como de recuperación en claves espúreas del discurso feminista”.² La autora con-

2 Graciela Hierro (Coordinadora), *Diálogos sobre filosofía y género*, Edit. Asoc.

sidera que el feminismo debe perseverar en su ser y no cambiar sus paradigmas, pues considera que asumir la diferencia —de géneros— no nos sitúa en un planteamiento posmoderno. Más aún, considera que aceptar la *koiné* hermenéutica y posmoderna, propia del cambio en la percepción de lo real, conlleva una desactivación de sus teorías y de su movimiento político.

Señala Amorós que la posmodernidad ha cambiado su simbólica fálica, masculina, a una simbólica femenina: ante la razón se propone la piedad (Vattimo); ante la lógica, la estética (Rorty); y ante el sistema, el escepticismo. “Ellos se han pasado a nuestra simbólica”, afirma la autora. Toda esta resignificación de referentes es una vieja maniobra para debilitar al movimiento. Y puede que así sea, que la resemantización sea parte de los mecanismos sociales para la reproducción de la cultura; así ha acontecido de hecho con los símbolos de vanguardia y la disidencia. Pero, ¿podemos hablar de las diferencias de géneros conservando la visión dialéctica de oposición y referente?, no es acaso que como indica M. Garzón: “Pensar en, y desde, la diferencia significa situarse en la inseguridad, en la ambigüedad, en el límite de la clausura de la *episteme* occidental. Salir del planteamiento de lo mismo para abrir sendas en lo otro, rompiendo el esquema de pensamiento que rige nuestro *logos*.”³ El reconocimiento de que no existen estructuras, ni esencias que nos determinen como hombres o mujeres es, a su vez, la aceptación de que nuestro ser se proyecta como una apertura, como un evento en la historia y aunque la modernidad nos ofrecía un modelo más seguro, tenemos que asumir el riesgo de nuestra existencia al cuestionar los fundamentos de esa concepción social. Abrirnos a la diferencia es abrir nuestra existencia, nuestra sensibilidad y nuestro pensamiento a otra comprensión del ser.

Fil. Méx.-UNAM, México, 1995, p. 31.

3 M. Garzón, *Nihilismo y fin de siglo*, Edit. del Castor, México, 1995, p. 124.

Desde la identificación genital *-natura-*, se nos asigna socialmente una identidad de género; a un cuerpo sexuado se le impone una construcción socio-cultural que determinará su conducta y su comportamiento según sean los roles sociales en esa tradición. En la tradición occidental el hecho de que el género masculino haya definido la identidad del género femenino provocó una desigualdad social en cuanto a los derechos y facultades que se confieren a cada género. Este ejercicio de poder se hace patente en las limitaciones que las mismas mujeres nos imponemos en nuestra existencia; como señala M. Foucault, la más alta función del poder es “invadir la vida enteramente” porque el poder “debe calificar, medir, apreciar y jerarquizar.”⁴

El afán de universalizar el pensamiento tendía a la uniformidad y a la unidimensionalidad filosófica, en la que las diferencias más elementales estaban omitidas. El esfuerzo por comprender la construcción de los significados sociales nos lleva a reconocer la importancia de la diferencia en sus múltiples e inagotables significaciones. La hermenéutica es la posibilidad de comprensión de la diversidad de símbolos en la que no hay descripción última o fundamental, sino una interpretación y producción de nuevas versiones.

La teoría de género señala que el rol social que conforma al género es diferente del sexo biológico, porque crea modelos artificiales –construcciones culturales– que representan las diferencias entre lo femenino y lo masculino, desde convenciones y normatividades en las que se expresa un ejercicio de poder desde de una tradición dada.

4 M. Foucault, *Historia de la sexualidad: I La voluntad de saber*, Edit. S. XXI, México, 1983, p. 169.

2. EL RECONOCIMIENTO DE LA DIFERENCIA COMO UNA AVENTURA PARA EL PENSAMIENTO

¿Cómo percibimos la diferencia? Si quisiéramos responder a esta pregunta recurriríamos a la historia para tomar ejemplos en los que ésta, más que ser nombrada o reconocida ha sido omitida o nulificada tanto en la teoría como en la práctica: el exterminio de los judíos, de los indígenas, la desaparición de los dialectos, la ausencia del pensamiento y obra de mujeres o de culturas minoritarias. Son una manifestación de cómo la diferencia ha sido asumida a través de la historia como una amenaza que generó rechazo y ataque para su eliminación. Tal vez, nuestra capacidad para reconocer la diferencia es y ha sido muy limitada. Algunos pensadores contemporáneos han dedicado reflexiones a dicha temática y de hecho se les reconoce como pensadores de la diferencia: Nietzsche, Freud, Levinas, Heidegger, Derrida y Vattimo, entre otros. En la práctica, Marx y Simone de Beauvoir nos remiten, también, a un pensamiento de la diferencia social y de género.

La diferencia no es una estructura o esencia estable de carácter metafísico, sino que, se reconoce en los modos de darse, en las diferencias de la experiencia humana: entre ser y ente, entre significante y significado, razón y pasión, obrero y patrón, madre e hijo, hombre y mujer. La diferencia es compleja, una existencia que provoca miedo, recelo; sólo así podríamos comprender su olvido. Sin embargo, ante ella, hay que modificar nuestra actitud; como señala M. Eliade: “el comportamiento más extraño, el más aberrante debe ser considerado en tanto hecho humano, quedando fuera de nuestra comprensión si se le considera únicamente como un fenómeno zoológico o como un caso teratológico”⁵. Para el exégeta o intérprete, la hermenéutica es la possibili-

5 M. Eliade, *Mefistófeles y el andrógino*, Edit. Punto Omega, España, 1969, p. 15.

dad de interpretar las diferentes formas en que se asumen los símbolos de las acciones humanas, sea para identificarlos o comprenderlos y simpatizar con lo que no nos es común. Son las interpretaciones y no los hechos los que nos hablan, es el lenguaje, la mediación con lo real. La hermenéutica se caracteriza por esa apertura de comprensión, que se presenta como una apertura de sentidos.

En la era de los medios de comunicación es imposible abstraernos a la presencia de las diferencias culturales y dejar de reconocer su existencia como parte de la vida humana.

El reconocimiento de las diferencias implica abrirnos a otras tradiciones o acciones que nos son extrañas o ajenas, pero no indiferentes: “es la apertura de nuestra historia”, como escribe Vattimo; “el pensamiento de la diferencia se distingue del metafísico en cuanto que, en vez de pensar el ser como plenitud de la presencia, como estabilidad y unidad, lo piensa y enuncia como diferencia, divergencia, pesadumbre”.⁶ El ser de la modernidad se pensaba como una unidad, una verdad: un ser homogéneo; ahora, en el pensamiento posmoderno, el ser se desconstruye en la multiplicidad. La ausencia de una esencia o de un fundamento de carácter metafísico, tiene como resultado las diversas formas de manifestación del ser y de sus sentidos, esto es, de sus posibilidades o formas de libertad. Continuando esta idea, enuncia Vattimo que: “la diferencia simplemente no da lugar a la repetición de estructuras siempre iguales, sino que se despliega como la divergencia siempre históricamente calificada entre horizonte de-terminante, *be-stimmend*, una cierta época histórica y aquello que en su interior se da como presente”.⁷ La ausencia de una estructura fija en el ser y de una continuidad del mismo nos per-

6 G. Vattimo, *Las aventuras de la diferencia*, Edit. Península, España, 1990, p. 68.

7 *Ibid.*, p. 143.

mite ver que la experiencia vivida tiene los más diversos contenidos y requiere de la filosofía hermenéutica para su comprensión.

La hermenéutica es condición de posibilidad para el diálogo y el acercamiento hacia la diferencia. El reconocimiento de la existencia de la diferencia nos permite “prestar atención ante todo, a la multiplicidad de los ‘sentidos’ que el ser asume en su historia, sin aceptar ordenarlos en un sistema”, de ahí que el desarrollo de la diferencia ontológica se constituye en una aventura para el pensamiento.

El cambio de actitud ante la diferencia se presenta como un enriquecimiento del ser, como la aventura ante la diversidad de lo simbólico, la oportunidad de diálogo, la ampliación de nuestro horizonte y la comprensión de nuevas tradiciones. El rechazo de la diferencia manifiesta la pobreza de espíritu. La ética tiene en este pensamiento una tarea crucial que realizar.

3. LA HERMENÉUTICA COMO PARTE DE LA TEORÍA DE GÉNERO

Nuestra época es la era de la liberación de las diferencias, del reconocimiento de racionalidades locales y del rompimiento de viejas identidades. La pluralidad de las culturas es propia de la sociedad de la comunicación generalizada en la que el mundo es múltiple y el pensamiento se seculariza ante “la imposibilidad de concebir la historia como un decurso unitario”.⁸

Al feminismo le tocó vivir con la familiaridad del hegelianismo y del marxismo, compartían el mismo marco epistémico, un horizonte común desde una visión dialéctica y transformadora del mundo en lucha por la “igualdad”. La oposición dialéctica se presentaba como un momento del espíritu (hegeliano) que sería superado en una etapa posterior, más progresiva. Sin embargo, lo

8 G. Vattimo, *En torno a la posmodernidad*, Edit. Anthropos, Colombia, 1994, p. 79.

que acontecía era la sujeción de uno de los polos por el término de la oposición que funcionaba como referente. En la reproducción del sistema de dominación, el modelo dialéctico perpetuaba el sexismo.

Los estudios de género comparten el espacio de los movimientos que apoyan la disidencia a través de la afirmación de la diferencia entre los géneros, como apunta Rosa Ma. Rodríguez: “La mujer es —como el hombre— algo producido, y no puede hurgar en el fondo de sí para rescatar una esencia no contaminada por esa apariencia forzada. No existe la verdadera mujer, pues ‘verdadera’ y ‘mujer’ son conceptos que *desde otro* fueron creados, y únicamente como apariencia, como superficie, como producción existente”.⁹ Ante la diferencia no hay oposición, no hay símbolo que funcione como referente. Se requieren nuevas interpretaciones que abran perspectivas desde las diversas significaciones del sentido y que se exprese el pensamiento hermenéutico como parte de la diferencia de género y de las diferencias culturales.

La perspectiva de género se presenta como una teoría crítica que cuestiona los lugares y las identidades bipolares, socialmente asignados a las mujeres. Los estudios de género, como estudios de la diferencia, nos remiten a un ejercicio hermenéutico para comprender cómo se construyen las relaciones entre los géneros: femenino y masculino, dentro de los distintos horizontes históricos. La desencialización de los géneros es la consecuencia del quehacer hermenéutico y posmoderno que concibe la existencia como evento y no como esencia o fundamento.

La perspectiva hermenéutica de género hace posible el desarrollo de las configuraciones relacionales entre las diferencias genéricas y la comprensión de los modelos e identidades socialmente construidos. Jane L. Parpart señala que:

9 Rosa Ma. Rodríguez, *Femenino fin de siglo*, Edit. Anthropos, España, 1994, p. 40.

No resulta sorprendente que el énfasis postmodernista en la diferencia haya dado armas a las mujeres que se sentían excluidas. Cada vez más las mujeres negras e indígenas de América del Norte y Europa han venido elevando la voz respecto de sus problemas particulares, y sobre la necesidad de incorporar raza y cultura, al lado de clase y género, como elementos del análisis feminista. Mientras las feministas de las minorías han venido reclamando de un tiempo a esta parte un feminismo racial y étnicamente específico.¹⁰

Las teorías surgidas de la perspectiva hermenéutica abordan problemas con enfoques particulares y específicos de las diferencias sociales, lo que nos remite a una secularización de la filosofía. El pluralismo de perspectivas y de concepciones forma parte de las nuevas construcciones teóricas que son propias de una sociedad que apuesta por la democracia. Lo que nos lleva no sólo a una tarea ética, como señalamos al finalizar la segunda parte, sino también a una tarea política, a un proyecto ético-político para la teoría hermenéutica de género.

En conclusión, la “diferencia ontológica” ha sido percibida en forma distinta, a través de la historia de la humanidad. En algunos momentos fue ocultada por el miedo, en otros olvidada; ahora es nombrada y reconocida por el pensamiento hermenéutico y por el discurso posmoderno.

El análisis y reflexión sobre el concepto de la diferencia conlleva una modificación de nuestra concepción del ser, de la existencia. Reconocerla es romper y dejar atrás los fundamentalismos metafísicos que nos llevaron a la creación de sistemas universales y estructurales. La diferencia se presenta a través de las tradiciones humanas y puede ser abordada desde una filosofía hermenéutica que contempla la diversidad de sentidos en las interpretaciones.

10 J. Parpart, “¿Quién es la otra?: una crítica feminista posmoderna...”, en *Debate Feminista*, núm. 13, abril, México, 1996, p. 332.

La perspectiva de género comparte el horizonte histórico de las concepciones hermenéuticas, así como la necesidad de poner en evidencia la existencia de la diferencia. Las teorías de género y feministas se construyen hermenéuticamente poniendo en evidencia no sólo las diferencias de género sino también de clase, de raza y de cultura. ●